

EL DIARIO DE VIAJE DE CONSTANCIO FERRERO A MONTE AGUARÁ EN 1857

“Archivum X de 1968” por Néstor Tomás Auza.

Si bien el número de diarios de viajes en nuestro país no es escaso, tampoco es abundante el de los que se refieren a la época posterior a 1850. Entre los existentes en ese género literario más escaso son los que tratan temas de frontera, cuyo escenario está constituido por la soledad de las pampas y cuyos protagonistas principales son sus naturales habitantes, los indios. En ese sentido el Diario de viaje de fray Constancio Ferrero tiene el valor de un documento especial, ya que corresponde a un viaje llevado a cabo en 1857, partiendo de la reducción Sauce, próxima a Santa Fe, hasta arribar a un paraje denominado Monte Aguará, ubicado al norte de la misma provincia y cercano al territorio santiagueño. Este punto estaba situado en la margen derecha del río Salado y a más de cien leguas de la ciudad de Santa Fe.

El autor de este Diario lo tituló originariamente, “Extracto del diario de viaje al Chaco”. Si nos atenemos a la actual denominación geográfica, el título empleado no sería correcto, ya que el territorio recorrido en su itinerario por el viajero, así como la ubicación del Monte Aguará correspondería a la provincia de Santa Fe. Creemos, sin embargo que al hacer referencia al Chaco, su autor utilizó el sentido amplio entonces existente, que denominaba Chaco a toda la región que se extendía desde Santa Fe al norte. Para evitar confusiones, hemos creído conveniente colocarle un título más ajustado a su contenido, y al respecto preferimos el de “Diario de Viaje a Monte Aguará en 1857”. Este diario fue publicado originariamente en las páginas del periódico “El Nacional Argentino”, que se editaba en Paraná y era el órgano oficial del gobierno de la Confederación, cuya sede se hallaba en la misma ciudad¹. El autor, al publicarlo, advirtió que el diario era tan solo un “extracto”, vale decir, un resumen, y no el diario completo de su viaje. ¿Lo llamó “extracto” porque sólo publicaba una parte o porque sólo había escrito parcialmente su Diario? Pensamos que la intencionada calificación de extracto proviene de dar a luz únicamente la primera parte de su Diario, la que quizás tenía un interés más general y la que menos referencia traía sobre su obra personal. Esto es verosímil si nos atenemos al lugar en donde fue publicado: las páginas que para ese entonces sólo aparecía tres veces a la semana, careciendo por lo tanto de espacio suficiente para un material destinado a un número limitado de lectores. Sin embargo, hasta la fecha, ha resultado infructuosa la búsqueda del manuscrito original en los archivos del colegio San Carlos, donde presumiblemente debió hallarse². Es por ello que en ausencia de los originales, estimamos de interés dar a publicidad este Diario, ya que por el tiempo y lugar en que fue publicado, pertenece prácticamente oculto y desconocido para la mayoría de quienes se interesan por estos temas.

El Diario, por lo demás, tiene sus méritos propios, no obstante la brevedad de sus páginas. Fray Constancio describe, en primer lugar, su viaje a caballo desde la reducción del Sauce hasta su arribo al vapor Santa Fe, varado por el escaso nivel de las aguas, en Monte Aguará. Aquel lugar fue pronto un punto de encuentro y de tráfico comercial rudimentario, entre el empresario de la navegación del Salado y los caciques principales y menores que, con sus respectivas tribus se aproximaron a los extraños viajeros. Pronto aquel comercio se convirtió en normal y a ellos siguieron promesas de mutua confianza, manifestada por ambas partes hasta convertir el vapor en el objeto de atracción y reunión de aquellos curiosos indígenas. Esta especial circunstancia y aquella convivencia permitió al misionero observar de cerca las características físicas y psíquicas de los mocovíes, dando lugar a la descripción detallada y minuciosa que efectúa. Revisten mayor importancia las páginas referidas a la visita efectuada por el Diario a la toltería del teniente coronel José Araya, cacique principal en aquella zona. La tolde-

¹ Se publicó en cinco entregas, a saber: martes 29 de septiembre, n° 531, cuarta página; jueves 1° de octubre; martes 6 de octubre 1° de octubre, n° 532, cuarta página; martes 6 de octubre, n° 534, cuarta página; jueves 8 de octubre, n° 535, cuarta página; y el sábado 10 de octubre, n° 536, cuarta página. Advertimos que en la presente edición hemos respetado el texto tal cual fue publicado en esas páginas, salvo las ligeras modificaciones introducidas a raíz de lo que estimamos errores de impresión.

² Dejamos constancia de nuestro agradecimiento al guardián del Convento San Carlos, de San Lorenzo, fray Agustín Pujol O.F.M., por el trabajo que se tomo de buscar los mencionados originales.

ría, su actividad, las mujeres de los indios, los hábitos de vida, sus vestimentas, sus bailes, su rudimentaria vida religiosa, son algunos de los temas que al autor le interesan, y cuyas impresiones refleja con vivacidad. Determinados personajes del Diario nos recuerdan las páginas de “Una excursión a los indios ranqueles” de Lucio V. Mansilla, por el colorido de la descripción. No deja de llamar la atención que el Diario se publicó en “El Nacional Argentino”, según lo tenemos ya dicho, cuando precisamente Lucio V. Mansilla ejercía en el mismo oficio de administrador, de periodista y director³

Todos los personajes típicos del desierto desfilan en por estas páginas: indios, caciques, lenguaraces, brujos y médicos. La descripción, sin ser perfecta ni completa, alcanza a veces rasgos sobresalientes por el colorido y el movimiento impreso a la narración. La prosa de fray Constancio Ferrero no es correcta ni es, literariamente, un modelo de belleza. Hay que advertir que el autor, de origen italiano, escribió su Diario a los dos años de hallarse en el país y en lengua española, lo que explica sus incorrecciones sintácticas y el uso de formas gramaticales impropias. A veces, como antiguo profesor de oratoria sagrada que había sido, incurre en párrafos cargados de fantasía y de imágenes tan del gusto de su época y adornadas con citas no siempre exactas ni correctas, que desvían la atención del lector y le hacen perder el ritmo al relato. El interés del tema hace olvidar esos tropiezos del estilo y al fin el asunto termina por dominar nuestra atención, despertando aquellos personajes del desierto nuestra íntima simpatía, gracias al afecto que el autor del Diario siente por ellos.

La mágica atracción del Salado

El antecedente inmediato del viaje de fray Constancio Ferrer hay que buscarlo en el ambicionado proyecto de navegación del Salado. Constituyó este proyecto uno de los objetivos más ardientemente buscados por el gobierno de la Confederación y de las provincias de Santa Fe, Santiago del Estero y Tucumán, después de Caseros. En 1855, el capitán Tomás J. Page, de la armada de los Estados Unidos, navegando el vapor “Yerba”, inició la navegación del Salado desde la costa santafecina, reiniciando una tarea intentada dos años antes. Su informe fue favorable, indicando que el Salado era navegable por barcos de reducido calado. Ello despertó las esperanzas de tres provincias y alentó el proyecto de abrir una ruta rápida y poco costosa de comunicación con el interior, inaugurando un camino que pusiera a las tres provincias en contacto inmediato con el Paraná y, a través de él, con los grandes mercados mundiales.

Un proyecto de esta magnitud fue sometido a la comprobación de nuevas experimentaciones. En 1856, el gobierno nacional designó una comisión integrada, entre otros, por el maestro francés Amadeo Jacques, cuyo informe final permitió confirmar la navegabilidad de ese río⁴. Así se llegó a la aceptación, por parte del gobierno nacional, de la oferta efectuada por el empresario don Esteban Rams y Rubert, en junio de 1856 y posteriormente renovada en sucesivos contratos para la navegación de dicho río. Este español radicado en Paraná poseía un espíritu emprendedor y entusiasta, sintiéndose tentado por la empresa al servicio de la cual puso su fortuna y desvelos, proponiéndose llevar a la práctica el proyecto, alentado por la esperanza de inaugurar una obra progresista para el país. Encomendó a tal efecto y como una tarea previa, en noviembre de ese año, al capitán Lino Belbey para que, saliendo de Matará, provincia de Santiago del Estero, conduciendo una pequeña embarcación y escoltado por cien soldados al mando del general Antonino Taboada, explorara el curso de las aguas. Esta tarea exploratoria se cumplió con todo éxito, premiando el gobierno nacional al jefe, oficiales y tropas que efectuaran tan arriesgada expedición⁵. Ello pareció confirmar que estaba próxima la fecha en que las aguas del Salado fueran cursadas por barcos y sus costas sembradas de poblaciones productoras. Pronto saldría don Esteban Rams para demostrarlo. Así lo aseguraban soñadores y visionarios.

³ Mansilla escribirá: “redactores absolutos de este periódico desde el 1º de junio de 1857 hasta el 1º de abril de 1858...”, el Nacional Argentino, Paraná, 10 de agosto de 1858.

⁴ Jacques, Amadeo. “Excursión al Salado y al Chaco” en revista “La Biblioteca”, año II, tomo IV, 1897.

⁵ Monte Aguará estaba situado, según Moussy, a ciento veinte leguas de la ciudad de Santa Fe. “Elle n’est guère de plus de 100 par terre. Le général Taboada en cumple 120 dans l’itinéraire quil a tracé de son excursion”. Martín de Moussy, “Description géographique et stadistique de la Confederation Argentine”, París, 1860, tomo I, página 144.

Don Estevan Rams y su labor misionera.

Para enero de 1857, don Estevan Rams había dado fin a la tarea de reunir los elementos necesarios para emprender la navegación del Salado. El vapor Santa Fe, anclado junto a la desembocadura del río en las aguas del Paraná, sólo esperaba que se efectuaran los últimos detalles. El día llegó y el 26 de ese mes, en horas de la mañana, despedido por el gobernador de la provincia, general Juan Pablo López y el entusiasta acompañamiento del pueblo santafesino, el vapor, echando al aire enormes bocanadas de humo, inició el cruce de las apacibles aguas⁶. La figura de don Estevan Rams, alto, delgado, de cabeza calva y blancas barbas, estaba en su puesto de mando; le acompañaba el Ing. Bartolomé Blandowski, el secretario don Joaquín de la Torre, oficiales, marineros y soldados.

Siete días después de la partida y luego de recorrer más de cien leguas, el vapor detenía su marcha en el paraje conocido con el nombre de “Monte Aguará”. Era imposible seguir navegando por la escasa profundidad de las aguas. Esta detención no sería breve, pues obligaría al empresario a permanecer varado once meses consecutivos. El hecho, inesperado, exigiría al empresario cambiar el programa previsto y entablar relaciones comerciales con los indios de aquellas fértiles tierras, los que pronto se aproximarán al vapor, sorprendidos por su presencia y atraídos por la curiosidad.

Don Estevan Rams era un español de carácter, que no se arredraaba ante las dificultades. Todo lo tenía previsto, y aquel serio inconveniente que paralizaba y postergaba sus proyectos, no impidió que llevara a cabo otros que también figuraban entre sus objetivos expedicionarios: estrechar relaciones con los indios y trabajar por su conversión a la fe católica. Hombre religioso, auténticamente preocupado por la fe y la conversión de los indios, antes de partir había solicitado al superior del colegio San Carlos, de San Lorenzo, le autorizara llevar un sacerdote de esa comunidad con el fin de evangelizar a los infieles⁷. Su pedido halló rápida respuesta, siendo designado a tal efecto el padre fr. Silvestre Tropini, quien integró la tripulación del vapor Santa Fe. Este sacerdote tenía, como asiento de sus actividades, antes de participar de la expedición, a San José del Rincón. Hombre joven, de treinta y dos años de edad, prestaba el vigor de sus años mozos y su fervor apostólico.

Fray Silvestre no tardó en hallar pronto campo a su labor misional cuando el Santa Fe apenas llevaba unas semanas de varado en Monte Aguará. Efectivamente, los indios mocovíes, entablaron relaciones con el empresario, efectuándose, como consecuencia, un estrecho comercio de trueque, el que se completó con la evangelización. La labor misional de fray Silvestre y del señor Rams queda manifiesta en una carta que este último dirigió al presidente de la Confederación, general Justo José de Urquiza, a los dos meses de llegar a Monte Aguará, y cuyos párrafos reflejan las relaciones entre el empresario, el misionero y los indios. Se dice allí:

“Los caciques se me han presentado al principio llenos de temor, pero después de haberles manifestado categóricamente mis intenciones respecto de ellos e infundiéndoles confianza, se manifiestan hoy con amistad y franqueza (...). Desde esa fecha hasta el presente ha aumentado de día en día la confianza y la amistad de los indígenas, que me visitan frecuentemente conduciendo sus mujeres y criaturas a la pila bautismal.

“Varias noches vienen los caciques a tomar mate y a conversar un rato, llegando hoy a tantos que José Araya, cacique principal, en una de esas visitas, se ha despedido después de medianoche, acampando a veinticinco pasos del vapor, sobre la margen derecha.

“Tres días después, acompañado del Padre y de un indio, me dirigí a las más próximas tolderías; fui perfectamente recibido y se bautizaron 33 criaturas. Hago lo posible siempre para que los caciques y sus mujeres sean los padrinos, sin que por eso deje de tocarme un buen número de ahijados, pues contamos ya con 82 bautizados y desde el momento que podamos combinar aumentará el número has-

⁶ Lucio V. Mansilla en el capítulo “De cómo el hambre me hizo escritor” del libro “Entre Nos. Causeries del jueves”, ha narrado lo sucedido en esa mañana, de la que fue un testigo y cuya crónica escribió.

⁷ Pinillos O. F. M., fray Teófilo. “Historia del Convento San Carlos de San Lorenzo”, Buenos Aires, 1949, página 97. Estevan Rams daría pruebas constantes de su preocupación por la conversión de los indios. Al organizar su tercer viaje al Salado, en 1863, obtendrá la compañía del rector del Colegio La Inmaculada de Santa Fe, padre Pedro Vigna S. J. Ver Guillermo Furlong S. J., “Historia del Colegio La Inmaculada de Santa Fe”, Buenos Aires, 1962, tomo II, página 81.

ta los 300, según lo que me dicen los caciques que están más adelante. Inculco mucho sobre el amor al trabajo y a la vida laboriosa y para estimularlos les compro todos los cueros de nutria que me presentan y les he dado hachas grandes y pequeñas para que corten maderas; he sembrado un corto pedazo de terreno para que, recogiendo el fruto de estos granos, conozcan el resultado de la labranza; en una palabra, todas mis tendencias son de hacer de estos infelices salvajes, hombres civilizados y útiles a sí, a la sociedad y a la Nación”⁸.

El padre Silvestre no debió mostrarse muy satisfecho con los resultados de su trabajo, sobre todo al no haber podido obtener que los indios se decidieran a vivir en reducciones. Uno de los cronistas de la Orden nos dice: “Viendo el poco éxito de sus trabajos, volvió a Santa Fe para dar cuenta al prefecto de su viaje, quien lo envió nuevamente a San José del Rincón”⁹. El regreso de fray Silvestre debió efectuarse poco después de escrita la carta del señor Rams que hemos citado.

Fray Constancio Ferrero en Monte Aguará.

La partida de fray Silvestre Tropini a la ciudad de Santa Fe fue la causa de que el entonces prefecto de misiones, fray Constancio Ferrero, decidiera trasladarse al vapor Santa Fe, varado en Monte Aguará, para continuar la labor misionera iniciada por su fugaz predecesor.

El viaje de fray Constancio no se realizó inmediatamente dado que, entre la partida del primero y la llegada del segundo, mediaron un mes y medio. El viaje del nuevo misionero, como se verá, contó con el apoyo del gobierno de la provincia de Santa Fe que, con el fin de asistirlo y conducir los cargueiros que llevaban víveres al vapor Santa Fe, les facilitó dos soldados. El misionero viajará por tierra a caballo, arribando a Monte Aguará el 6 de junio de 1857. Poco después iniciará su labor misionera reflejada fragmentariamente en el “Diario” de viaje que reproducimos y que abarca el periodo del 1º de junio al 21 de julio de 1857.

Cincuenta días después de su llegada, el empresario de la navegación del Salado, el señor Rams, al escribir nuevamente al general Urquiza, dejará constancia de la labor misionera de fray Constancio. Escribirá: “El muy reverendo padre Prefecto de Misiones enviado por el Excmo. Gobierno de Santa Fe, empleando toda su actividad y apostólico celo para infundar a estos desgraciados los principios religiosos y mostrarles la senda de la civilización, empieza ya a recoger algunos frutos, pues con la eficacia de sus palabras los conduce a la persuasión. Contamos ya doscientos bautizados”¹⁰.

El autor del “Diario”.

No podemos precisar si fue éste el primer viaje de fray Constancio Ferrero a las tribus indígenas que habitaban al sur del Salado, pero presumimos que debió serlo a juzgar por algunos indicios que poseemos. Los incompletos datos que en torno de su vida se poseen, señalan que “penetró al Chaco repetidas veces”, sin indicar si fue aquélla la primera vez que lo hizo. Es probable, si nos atenemos a su actuación misionera, que ya antes habría estado en contacto con los indios reducidos en las misiones, pero sin tener la oportunidad de realizar un viaje al interior de las tolderías, como el que aquí se narra. Pero si éste fue su primer viaje, no debió, sin embargo, ser el último, pues sabemos que a partir de esta ocasión fray Constancio volvió en otras oportunidades para dar comienzo a una nueva reducción, a que luego haremos referencia.

Cuando fray Constancio llevó a cabo su viaje hasta Monte Aguará y volcaba sus impresiones en las páginas de su “Diario”, contaba con treinta y cuatro años cumplidos y sólo dos de residencia en la Confederación. Su juventud, el celo apostólico y un natural y visible espíritu optimista, debieron influir para aclimatarse con rapidez a las cosas y usos de la tierra que había elegido para desarrollar su labor misionera. Y si esto requiere una comprobación fuera de las páginas de su “Diario”, baste men-

⁸ Archivo General de la Nación. Archivo J. J. de Urquiza, sala VII, legajo 13-5-7, folio 215/16.

⁹ Iturralde O. F. M., fray Pedro. “Apuntes biográficos”, libro tercero. Inédito. Nuevamente agradecemos a fray Agustín Pujol O. F. M., el habernos facilitado esta fuente inédita de consulta.

¹⁰ “El Nacional Argentino”, Paraná, 4 de agosto de 1857. Carta del señor Rams al general Urquiza, fechada en Monte Aguará el 27 de julio de 1857.

cionar que fray Constancio, a diferencia de otros misioneros de su comunidad, no solicitó volver a su tierra de nacimiento, prefiriendo morir en el país de adopción, lo que ocurrió a los 76 años de edad y 58 en religión.

Había nacido en Villafranca, Piamonte, Italia, el 4 de mayo de 1822, tomando el hábito franciscano y profesando en 1840 en el convento de Saluzzo. Allí alternaba su sacerdocio con la docencia en el Seminario, enseñando Elocuencia Sagrada, cuando solicitó venir a la Argentina en la misión que el Padre General enviaba con destino al Colegio San Carlos. En diciembre de 1854 desembarcaba en el puerto de Santa Fe y el 31 de ese mes arribaba al convento, luego de un largo y penoso viaje comenzado en el puerto de Génova. Al día siguiente le espera una nueva y muy distinta vida.

Por algunas cualidades debió distinguirse fray Constancio de sus compañeros, pues a los tres meses de hallarse en el país fue elegido por el Capítulo “Comisario prefecto de Misiones”, cargo que ocupará hasta 1861¹¹. Estos seis años de la vida de fray Constancio son los que mejor pueden reconstruirse y fueron los más agitados, los de trabajos más agotadores y en los que expuso su vida sufriendo toda clase de riesgos.

El cronista franciscano antes citado nos informa que, para el año en que fray Constancio se hizo cargo de sus funciones, las “antiguas misiones del Colegio se hallaban abandonadas o, mejor dicho, completamente destruidas”. Esta situación se había producido de 1816 en adelante, y desde entonces, las reducciones se fueron perdiendo una tras otra. La situación política del país, que tan estrecha vinculación tenía con las relaciones pacíficas con los indios y el escaso número de sacerdotes que disponía para tales labores el Colegio, fueron algunas de las causas que produjeron el abandono de las reducciones.

El año 1855 fue el punto de partida de una acción misionera notable por el esfuerzo realizado y la magnitud de los trabajos comenzados, en relación con los escasos recursos disponibles en la empresa. Las provincias de Santa Fe, Santiago del Estero, Salta, Corrientes y el territorio del Chaco fueron los escenarios en donde el celo apostólico de los franciscanos se desplegó en un esfuerzo religioso y civilizador entre las tribus mocovíes, tobas, chiriguano, maticos y belelas¹². Uno de esos misioneros, y no el menor entre ellos, fue fray Constancio Ferrero.

Como prefecto de Misiones, fray Constancio se esforzó por restaurar las misiones de San Pedro, Sauce, Calchines, San Javier, enviando misioneros y visitándolas con frecuencia. El conocimiento adquirido en sus trabajos con los indígenas le permitió proponer, según cuenta uno de sus biógrafos, “varias medidas, tanto al Gobierno Provincial como al Nacional, y al concluir su Prefectura dejó las misiones completamente organizadas (...) Y habiendo tomado varias y acertadas medidas para la instrucción de los neófitos”¹³. Sin perjuicio de esa tarea específica, desempeñó varias misiones encomendadas por la Orden, por el nuncio apostólico Mons. Marino Marini, y por los gobiernos civiles. La actividad desplegada por fray Constancio Ferrero tuvo amplia repercusión en la provincia de Santa Fe, principal centro de sus primeros años de su actividad apostólica. El gobernador de la Provincia, general Juan Pablo López, se hizo eco de esa opinión al escribir al P. Ministro General de la Orden: “El P. Prefecto con un tino que sólo puede inspirar una caridad verdaderamente evangélica, ha sabido granjearse la veneración de las indomables tribus que él ha visitado en el centro de nuestras selvas, llamándolas por medio de la luz del cristianismo a adherirse y a adoptar nuestro régimen de civilización. Sus eminentes cualidades están realzadas por una instrucción superior, una moralidad intachable y una incomparable

¹¹ Pinillos O. F. M., fray Teófilo, obra citada, páginas 81/84. Este autor amplía las referencias biográficas escritas por Pedro Iturralde.

¹² Para una somera información de la labor de los franciscanos en esos años, además de la obra citada de Pinillos, puede verse el trabajo titulado “Relación histórica que de las misiones del Chaco y de la Asociación Católica-civilizadora en favor de los indios infieles de la Confederación Argentina presenta el p. fr. Pedro María Pelichi, de la Regular Observancia del P. San Francisco, Prefecto apostólico de las misiones del Colegio de Salta en el año 1861”. Imprenta de los jóvenes artesanos, Génova, 1862, 76 páginas.

Agradecemos al p. Hugo Storni S. J. habernos hecho conocer este trabajo. Véase también, V. Martín de Moussy, “Description géographique et statistique de la Confederation Argentine”, París, 1860, tomo II, páginas 218 y siguientes.

¹³ Iturralde O. F. M., fray Pedro, obra citada.

actividad. El relámpago de aparece y desaparece espontáneamente simboliza al p. Constancio. Con su incansable ligereza acorta las mayores distancias. Apenas se le ve en una reducción organizándola que tan pronto se traslada a otra; luego, después se sabe que se halla en el Colegio; vuelve a ponerse en camino, predica, instruye; de todos es amigo, hasta de los indios nómades, pues también ha penetrado en el desierto del Gran Chaco, asilo de hombres indómitos y guarida de fieras, rasgo de heroísmo que trae a la memoria la abnegación de los primeros apóstoles”¹⁴.

A los diez años de haber llegado al país, en 1864, fray Constancio Ferrero pidió la desincorporación del Convento de San Carlos, lo que le fue concedido, pasando a ocuparse de la actividad parroquial en la provincia de Santa Fe y, por último, en Corrientes. La muerte lo sorprendió cuando regenteaba la de Goya, el 24 de diciembre de 1898. Muchos años después, en 1942, sus restos fueron trasladados al convento de San Carlos, centro de sus primeros esfuerzos evangelizadores inspirados por la espiritualidad franciscana.

El misionero visto por un viajero.

Las referencias antes mencionadas no dejan de ser un pálido reflejo de fray Constancio, cuya personalidad estaba dotada, más allá de sus virtudes religiosas, de algunas cualidades físicas que hacían perdurable su recuerdo. Un empresario extranjero que residió en la ciudad de Santa Fe por algunos años, observador atento, ha dejado una semblanza del entonces joven misionero, cuyas andanzas conocía por boca del mismo. Creemos oportuno traer aquí sus palabras, para ofrecer una imagen del religioso, tal cual lo vio y admiró un extranjero que no participaba de su fe. Luego de escribir algunos párrafos laudatorios para los franciscanos, agrega: “Este padre, muy inteligente y observador, que sería tal vez más filósofo que ortodoxo, si no fuera tan fundamentalmente adicto al poder y a las fórmulas de la Iglesia, habla de sus tribus de neófitos como Tácito de los germanos y Julio César de los galos. Sus tendencias son, ante todo, civilizadoras. Dispone de mucho sentido práctico y ha comprendido que la instrucción religiosa debe ir acompañada de la agricultura, la cría de ganado y las industrias de primera necesidad. Posee un humor cáustico, no se deja llevar por la fantasía y en el registro donde guarda la correspondencia de los religiosos que están bajos sus órdenes, suele agregar notas y aclaraciones muy a su manera.

“El misionero se siente impresionado por la poesía armoniosa del desierto y describe con vivos sentimientos las bellezas naturales. Pese a todos los sufrimientos y privaciones que ha debido sufrir, se ha constituido en el defensor valeroso de los indios y lucha por ellos con una sinceridad llena de energías. Si los indios son desconfiados, crueles, indisciplinados, sin fe, sin ley, ¿no es acaso por culpa de los criollos? ¿Qué se ha hecho por ellos? ¿No los han sacrificado, de tiempo atrás, a las ambiciones de los partidos? Cuando el padre Constancio se dirige a las autoridades, pone bajo sus ojos todas las promesas olvidadas, todos los juramentos violados. Habla poco de sí mismo y apenas si hace alusión a las privaciones que ha debido sobrellevar”¹⁵.

Lo que el “Diario” no dice

El “Diario” del padre Constancio se cierra con el arribo al vapor Santa Fe de una fuerza militar de caballería, al mando del comandante Antonio Crespo. Tendríamos nosotros también que cerrar estos comentarios introductorios, si no creyéramos interesante referir, para finalizar, lo que sucedió después y que el “Diario” no menciona. Digamos que la primera consecuencia del viaje, como se presiente luego del diálogo entre el autor del “Diario” y el cacique José Araya, fue la fundación de una reducción en pleno desierto. Esta fundación tuvo lugar a comienzos de 1858, en el lugar señalado por el cacique José Araya y que fue el mismo en donde se hallaban las ruinas de la antigua misión San Pedro, “quedándose allí el padre Constancio con unos indios, compañía que había señalado el cacique”¹⁶. La mi-

¹⁴ Iturralde O. F. M., fray Pedro, obra citada.

¹⁵ Beck Bernard, Carlos, apéndice al libro de Lina Beck Bernard “Cinco años en la Confederación Argentina”, traducción de José Luis Busaniche. El Ateneo, 1935, páginas 278/80.

¹⁶ Pinillos O. F. M., fray Teófilo, obra citada, página 82.

sión recibió el nombre de San Francisco Solano. Poco después, según nos informa el biógrafo antes citado, la misión fue trasladada a la Tapera de Balta, lugar citado por el “Diario”, donde lo acompañó el cacique Bonifacio y otros menos principales, a los que se agregarían poco después los caciques Roque y Domingo”. Formaba parte del plan de fray Constancio, junto con la instrucción religiosa, la recuperación de los indios por medio de una vida sedentaria, industriosa y ordenada, a través de las labores de labranza de la tierra y la enseñanza a los niños, en cuyo cambio cifraba sus esperanzas futuras.

La empresa misionera no tuvo el éxito esperado, pues ella se fundaba, en los primeros tiempos, en la ayuda que el gobierno nacional había prometido. Las dificultades económicas y políticas del gobierno de la Confederación en aquel año crítico, retrasaron la esperada colaboración oficial y los indios, impacientes y temerosos de haber sido engañados, abandonaron la misión, luego de saquearla. Esto ocurría en noviembre de 1858, poniendo así fin a aquel intento. El desánimo no ganó el ardoroso corazón del misionero, pues poco después reiniciaba con renovado esfuerzo una tarea similar¹⁷.

Néstor Tomás Auza

¹⁷ El historiador Guillermo Furlong S. J. ha publicado dos obras referentes a la heroica labor misionera lleva a cabo por los padres jesuitas entre los indios mocovíes en los siglos XVII y XVIII. Véase: “Entre los Mocovíes de Santa Fe” S. Amorrortu, Buenos Aires, 1938, y “Entre los Abipones del Chaco”, San Pablo, Buenos Aires, 1938